

# EL NUEVO CASTRISMO

**N**O es frecuente que un Jefe de Estado pase veinticuatro días de visita oficial en otro. Es, más bien, insólito. Pero la mentalidad de Fidel Castro —y, sin duda, la de Allende— están fuera de lo que es protocolario o no lo es. Y, sin duda, consideran como insólito lo que está pasando en sus respectivos países. «Un proceso revolucionario insólito y absolutamente único en la historia de la Humanidad: la revolución emprendida de una manera pacífica en el marco de un sistema revolucionario», ha dicho Castro de Chile en su último día de Santiago, un día tormentoso, con manifestaciones en las calles, toques de queda, estado de urgencia, algún disparo al aire, encuentros de estudiantes de la derecha y la Policía en las proximidades del palacio presidencial, y una declaración de Robert Finch, enviado especial de Nixon en Hispanoamérica, asegurando que al Gobierno de Allende le quedan «pocos meses de vida»: un comunicado de la Unión Popular aseguraba que «el desencadenamiento de la violencia reaccionaria» coincidía con la declaración de Finch, como si todo fuese una misma campaña. Casi al mismo tiempo, el Frente Amplio de Uruguay, que pretendía repetir la experiencia de «revolución electoral» de Chile, era ampliamente derrotado y se alzaba con el poder, de nuevo, el partido colorado, representante del conservadurismo más cerrado.

**D**ESDE las ópticas moderadas, centristas, se atribuyen los dos jaques a la izquierda —las algaradas de Chile, las urnas de Uruguay—, precisa y concretamente a Fidel Castro. Siempre se ha pretendido hacer de él, desde esos grupos, una especie de gafe latinoamericano, cuya presencia o cuyas palabras atraen la desgracia para aquellos a quienes se dirige. Es una parte de los esfuerzos para el aislamiento de Cuba. Pero, al margen de manobras o de escaramuzas políticas, y al margen también de protocolos y costumbres, parece que la visita de Castro a Chile, sus discursos y sus actitudes, han excedido esta vez de lo prudente en un contexto muy peligroso. Cuando Allende tomó posesión de su cargo, hace poco más de un año, se descartó la presencia de Castro por motivos de prudencia, por evitar la homologación de las dos vías del socialismo. No se ve que las circunstancias en el contexto hispanoamericano hayan cambiado tanto —aunque algo hayan cambiado— como para aconsejar esta larga exhibición que ha tenido la virtud de inquietar por una parte a la izquierda, por otra a la derecha. Si la derecha clama ahora por la homologación de las dos revoluciones, o de las dos «vías», y los moderados de Chile o de Uruguay se retraen por miedo de votar un castrismo que precisamente tratan de evitar mediante su adscripción a la izquierda de frente popular, la izquierda más definida ha encontrado en el viaje de Castro una especie de moderación que les inquieta.

**C**UANDO Fidel Castro dice ahora que «la revolución cubana no es un modelo de exportación» (discurso a los mineros chilenos, 13 de noviembre), invierte los términos de las declaraciones de La Habana y de una manera muy concreta las doctrinas de la O.L.A.S. (la Tricontinental) de 1967. Es, de otra forma, una negativa a la acción de «Che» Guevara y a la doctrina de la creación de una serie de Vietnam en Hispanoamérica. Y un abandono de los grupos o partidos llamados «castristas» en todo el subcontinente latinoamericano. El mismo régimen chileno que hoy saluda y califica tan exaltadamente es fruto de la coalición de partidos revolucionarios y de partidos burgueses que se combatían, en tiempos, desde La Habana, y ese mismo tipo de «solución» era la que pretendía el Frente Amplio uruguayo, al que Castro hubiese votado, según su declaración en Chile. Predicador de la «paciencia» y el «legalismo» a los estudiantes del M.I.R., evasivo ante el monumento a «Che» Guevara, moderado en sus declaraciones, Fidel Castro parece haber elegido una vía que no ha sido la de la revolución cubana hasta hace algún tiempo. Es, probablemente, una vía realista. Una manera de romper el bloqueo. Sus breves visitas a Perú y a Ecuador —cuatro horas en Lima, una hora en Guayaquil— le ha permitido entrevistarse con los Presidentes Velasco Alvarado y Velasco Ibarra. ¿Son pasos hacia una integración de Cuba en el subcontinente? Desde hace más de un año algunos países hablan de volver a abrir las puertas de la O.E.A. a Cuba: Rafael Caldera, al tomar posesión de la Presidencia de Venezuela, lo dijo muy expresamente. Quizá no sea tanto la O.E.A. la que interesa a Fidel Castro —es un organismo inoperante dividido por numerosas diferencias internas, suficientemente desenmascarado como instrumento de la hegemonía de Estados Unidos y, en fin, destinado a la disolución o a la fosilización—, sino otras formas de integración regionales, como los mercados comunes.

**S**IN duda Castro tiene muy en cuenta una modificación lenta de los países hispanoamericanos en sus relaciones de dependencia con los Estados Unidos, señalada por la aparición de los nuevos nacionalismos. Si hasta hace unos años las estructuras interiores de estos países eran sensiblemente iguales, cortadas por un mismo patrón desde el centro de decisión de Washington, comienzan a aparecer ahora unas diferencias muy notorias. Castro saludó con entusiasmo a los «nuevos militares» del Perú, a los que ahora ha visitado, desde su aparición en escena: no ha cesado de mostrar su adhesión a esa «forma de la lucha antimperialista», como ha dicho, y como se ha dicho simultáneamente en la Unión Soviética. De la misma forma envió un mensaje a Torres cuando éste tomó el poder en la Bolivia donde se había dado muerte al comandante Guevara, pero esa experiencia fue efímera.



**L**A estancia de Fidel Castro en Chile concluye con manifestaciones en las calles, toques de queda, estado de urgencia, algún disparo al aire, encuentros de estudiantes de la derecha y la Policía en las proximidades del palacio presidencial.



**F**IDEL Castro, en una rueda de prensa, resume su estancia de veinticuatro días en Chile.

**D**ESDE algunos puntos de observación se considera este cambio de frente en la política cubana como una subordinación a la Unión Soviética, como una forma de plegarse a los imperativos de la «coexistencia pacífica» de Moscú, a la «era de la negociación» de Nixon. Se ha hablado de que Cuba se rige ahora por «el patrón soviético de los años veinte», y Charles Vanhecke, en «Le Monde» (4 de diciembre), subraya algunos de estos extremos: modificación en la política exterior, represión interior sobre los intelectuales, política de precios y salarios contraria a la teoría cubana de los «estímulos morales», aumento del poder de la burocracia... En esa línea, Fidel Castro estaría ahora aproximándose a los regímenes diferentes de América Latina y, por ende, a los Estados Unidos, en virtud de una satelización por parte de la Unión Soviética. Es indudable que las cosas pueden verse con mucha facilidad desde un punto de vista totalmente opuesto: como los esfuerzos de Cuba por desprenderse de la dependencia económica de la Unión Soviética. En ese sentido iba dirigida la «zafra de los diez millones», que debía cubrir la deuda con la URSS y además tener un amplio excedente que vender en los mercados libres. Pero la zafra no tuvo el éxito buscado y, lo que es peor, como reconoció el propio Castro en su discurso autocrítico, el esfuerzo en el sector azucarero dejó en considerable abandono otros sectores de la producción. Ciertamente, como consecuencia de un bloqueo americano mucho más rudo y mucho más eficaz, en los últimos diez años, de lo que se puede ver desde fuera, Cuba ha tenido que pasar a depender en gran parte de la economía soviética, y esta dependencia, evidentemente, subordina en muchos aspectos. Pero la salida hacia los otros países del continente, las aberturas que estos países están realizando ahora, podría permitir a Fidel Castro eludir a la larga esa dependencia, al mismo tiempo que la de los Estados Unidos. Las irrupciones de la violencia no han dado los cambios visibles que se esperaban hace nada más que cinco años: ninguna de las revoluciones en marcha han triunfado, las guerrillas han ido desapareciendo lentamente —con la excepción de los Tupamaros uruguayos, que se habían contenido para dar paso a la vía electoral y que quizá reaparezcan ya, en cualquier momento—, los secuestros no han conmovido a los poderes, y esa táctica parece ahora abandonada.

**P**ERO sería ciego no reconocer que los cambios, las «vías» iberoamericanas hacia nuevas estructuras sociales, sean la chilena, la peruana, la ecuatoriana o la colombiana, con todas sus grandes diferencias entre sí y todo su abanico de posibilidades, no tengan por origen los movimientos armados y los actos de violencia y, sobre todo, el miedo a que reaparezcan, cosa que puede suceder en cualquier momento. El presente de América Latina es un presente imposible y,

desde luego, no puede tener prolongación en el futuro. Es una situación de creciente subdesarrollo con respecto a los países ricos —el aumento del producto nacional bruto, de una media de un 5,5 por 100 anual en la última década, ha sido absorbido por el crecimiento demográfico—, y de creciente aumento de diferencias entre las minorías ricas y las mayorías enormemente pobres, mayorías que crecen desmesuradamente cada año porque son las creadoras de la aportación demográfica, mantiene vivas las «condiciones objetivas» de la revolución. Ello fuerza a que los reformismos sean cada vez más radicales, y a que estamentos que en América Latina han tenido siempre una fuerza inmovilista y conservadora —la Iglesia, los profesores, el Ejército, las clases medias— estén cambiando rápidamente de sentido. No quiere decir esto que algunos de los cambios posibles no se hagan en un sentido fascista, como última defensa de las oligarquías amenazadas, pero por el momento los cambios más inmediatos van en el sentido de deshacerse de la hegemonía norteamericana. Debe señalarse, sin embargo, que a pesar de algunas interpestivas declaraciones de Washington, de una considerable actividad de la C.I.A. en toda la zona, los Estados Unidos dan muestras de alguna retracción de la zona. La intervención de los «marines» en Santo Domingo (1965) no se ha repetido, a pesar de que en algunos países —y no sólo en Chile— las nacionalizaciones y el desafío a los Estados Unidos hayan sido mayores que el que podía proporcionar el Presidente Bosch y la modificación de las estructuras sociales de aquel país. La Enmienda Hickenlooper —que determina sanciones económicas para los países que se incauten de bienes norteamericanos— no ha sido puesta en vigor, a pesar de estar aprobada por el Congreso, contra Perú ni contra Chile.

**L**OS mercados comunes, la conversión de América Latina en mercado de sí misma, las empresas multinacionales, la colaboración con países donde la aportación de capital y de industrias no puede tener carácter de intervención política —de donde el viaje del ministro de Asuntos Exteriores español a los países hispanoamericanos, con la excepción de México y Cuba—, la colaboración y los posibles acuerdos con el Mercado Común europeo, son las salidas que estudian los nuevos nacionalismos americanos (y, desde luego, los Estados Unidos puedan encontrar por estas vías maneras para continuar su penetración económica por otros medios), y parece como si Cuba quisiera, ahora, estar presente en todo ello. No va a serle naturalmente fácil, como no es fácil para los países que intentan la transformación (Bolivia fue un ejemplo, con el derrocamiento de Torres; el endurecimiento poselectoral de Uruguay es otro de los ejemplos más recientes), y ese futuro que se apunta no está, desde luego, escrito. Pero parece ser la posibilidad hacia la que se apunta.